

«El Arte es un sacerdocio» no es esto una frase ridícula, antes verdaderamente cierta. El Arte impone ciertos deberes, tolera cierta euritmia, de la que no puede excederse so pena de estar fuera del Arte...

A veces he soñado que me perseguían 25 personas á la vez, que tenia causas pendientes en todos los Tribunales, que me veía obligado á retirarme á Suiza, y, en lugar de atenerme para el caso al documento de cajon, á lo que consta en la discusion pública ó en la conversacion corriente, escribír con mis notas, con lo que cuentan acerca de los judíos los que viven con ellos, un libro absolutamente verdadero. Esto es muy difícil sin salir del Arte. Esta es la tarea de los que escriben memorias secretas acerca de estos tiempos, mientras están en paz con todos, y Dios sabe si hay personas que se dedican á ese trabajo en estos momentos y dicen para sí: «Yo habré vivido toda mi vida en el convenio y la mentira, pero hablaré después de mi muerte.»



III.

EL SURSUM CORDA ACADÉMICO.

La fe de los sencillos.—La oracion del niño.—El pequeño Bidouze.—El amor de Dios.—La Señorita Obligatoria aporreada.—La Señorita Obligatoria cargada de honores.—Greard en la Academia francesa.—Los juegos escénicos.—El entierro de Greard.—Lo que se piensa en un ataud.—Julio Simon y la guantera.—La risa de Daudet.—El verdadero *Sursum Corda*.

Entre nuestra Sociedad fundada en la impostura, se encuentra la sinceridad en el alma de los Sencillos. No están en la mentira, pero, realmente teniendo un corazón ingenuo y verídico, creen, aman, sufren; están verdaderamente convenidos de que Jesucristo murió por los hombres y sacrifican algo al deseo de estar reunidos con él en el cielo.

Siempre es tierna la lucha de las mujeres pobres á quienes se molesta para poner á sus hijos en los laicos. El *Soleil du Midi* nos ha mostrado á una de estas madres animosas á quien se ofrecía, no solamente los chismes escolares para su hijo, sino también una zamarra. Sin duda que esto tentó á la plebeya; pensó quizás todo el día en que su hijo estaría muy abrigado con la tal zamarra y también en la alegría de tener una zamarra dada por el Estado, pero se negó. Para la historia de esta época, es interesante, muy interesante esto.

Entre los jefes del partido conservador no veo muchos que fueran capaces de un esfuerzo equivalente al realizado

por esa mujer, que se expusieran á una molestia mundana á un disgusto proporcional al sacrificio de esta obrera.

¡Cuán conmovedor es tambien el niño Bidouze, de Gastes, canton de Parentis en Borsc (Landes)! No conoce á Ferry, ni á Pablo Bert, ni á todos los reformadores de la enseñanza, solamente sabe que el niño debe orar y levantar su corazón á Dios que crió el mundo, y, como niño honrado, hace su oracion.

Aparece entonces el maestro inepto y perverso, el Homais, celebrado por Renan, quien dice al niño: «¡Ya no hay Dios!»

El niño parece haber tenido para ese ser más desprecio que aversion; comprende que ese hombre es un imbécil, y le dice suavemente: «Sí, hay Dios y es necesario orarle.

Al oír esto, el maestro escribe al padre:

Señor Bidouze,

Tengo la honra de informaros que he despedido de la escuela, por espacio de tres días, á vuestro hijo Bidouze (Juan).

Motiva esta decision la conducta del alumno, que queria orar, aunque yo le he formalmente prohibido este acto religioso en la escuela.

Os suplico vengais á verme mañana por la mañana.

Tengo la honra de saludaros.

El maestro,

CHATAIGNÉ.

«Tres días despues, dice el *Univers* (1), el niño Bidouze se presentaba en la escuela acompañado de su padre, y el maestro le rehusaba terminantemente la entrada sin consultar antes á la junta escolar. Despues de esto, no ha

(1) *Univers*, 26 enero, 1888.

sido destituido el señor Chataigné, ni trasladado, ni amonestado. De seguro que se le dará un ascenso.»

Bismarek proclama en pleno Reichstag la nada del talento humano ante el poder de Dios. ¿Qué dirá pues á su pueblo el jóven Emperador á quien aclaman sus regimientos fieles, el soberano de 50 millones de hombres, el jefe del Estado á quien escoltan reyes vasallos? Su primera palabra pública es protestar delante de todos su obediencia á la voluntad del Altísimo, su humildad «ante el Rey de todos los Reyes.»

No tienen estas ideas los funcionarios de la Universidad en las Landes como en todas partes; se honran pensando como Chataigné y no admiten á Dios.

¡Qué hermosa manifestacion pudieran hacer las grandes damas del Foubourg que se entregan por la mañana á mojjangas en las iglesias, á manera de Orantes de las Catacumbas, y por la noche van á tratar con jóvenes judíos que huelen á mal como mil demonios.

«Humilde niño, tu has tenido el valor de afirmar tu fe mientras que muchos hombres, independientes y ricos no se atreven á confesarla públicamente. Te enviamos como recuerdo un hermoso reloj adornado de brillantes á fin de que todos los niños de Francia sepan que es bueno orar.»

Este mundo no tiene inspiraciones de este género, no piensa sino cuando los judíos le sugieren una idea.

En todas partes encontraréis corazones cándidos como este á quienes Cristo llama así con voz irresistible. En mi barrio he visto un niño haciendo su primera comunión á pesar de todas las resistencias. Tambien era propia de él aquella idea. Su maestro de escuela le dijo: «Es tiempo perdido.» El le contestó: «¡Y bien! ¿no hicisteis vos acaso vuestra primera comunión?

Esta alma pura suspiraba por Dios, y á cada uno daba

parte de su profundo y ardiente deseo y á veces murmuraba con inquietud: «¿Creeis que tendré esta alegría?

Estoy convencido de que, llegado el gran día, pocos seres se acercaron á la Sagrada Mesa con tanto fervor y fé.

Cuando ese honrado niño vino á anunciarme su dicha, le di un pequeño reloj de plata con la leontina y mandé grabar en él la fecha inolvidable. Todo me costó 60 francos.

«¡Es poco!» dirán los Semitas. ¿Cómo ha de ser? yo no hice el empréstito de Honduras, y, entonces, tenia yo detrás de mí todos los embargos de M. Marcel Deprez. Nada más que por deducir por artículos mi ofrecimiento de pruebas, que el tribunal se negó obstinadamente á admitir, tuve una cuenta de 669 francos en casa del señor Gillet, escribano, calle de Sentier. Habia acerca de esto testimonios franceses ingleses, alemanes, italianos, extendido todo debidamente en papel sellado cual conviene para esos señores de la Justicia;—lo que no impidió que un abogado, llamado Jacomy pretendiera que mis afirmaciones eran temerarias y no descansaban en ninguna base.

Las protestas contra la persecucion religiosa, sinceras entre los Sencillos, que no hablan y que sufren en silencio, no son harto á menudo en los demás sino declaraciones, juegos de comedia.

El instrumento inconsciente será terrible contra el débil. Toda la prensa conservadora, incluso hasta el *Soleil* que es, no obstante, muy moderado, se ha divertido á expensas de la Señorita Obligatoria.

La señorita Obligatoria era una pobre maestra de Vendée á quien aporreó. Cuando llegó para tomar posesion de su destino, no pudo hallar en todo el país ni un panadero, ni un carnicero que consintiera en suministrarle pan ó carne.

Todos los periódicos se rieron mucho de la aventura.

Confieso que la broma no me pareció muy chusca. ¡Cuán dura es á veces la suerte de las pobres maestras de primera enseñanza, obligadas para vivir á ocultar sus sentimientos religiosos, errantes de pueblo en pueblo con un mal vestido de merino al hombro, entregadas á todos los caprichos de los superiores! Si se dirigen al párroco en busca de algun consuelo moral, se las denuncia á la calle de Grenelle; si se dirigen al Inspector, es peor todavía. Comunmente tiene este funcionario costumbres ordinarias; se desahoga dirigiendo á las niñas, en los exámenes, preguntas obscenas como aquellas de que se nos citan ejemplos cada día, y la desgraciada maestra que reclama un favor está obligada á pasar por lo que quiera el dispensador de los ascensos.

Creía yo, en todo caso, que en el momento de presentarse el mismo señor Obligatorio en el Instituto, toda la prensa conservadora le daría una divertida serenata. En efecto, el señor Obligatorio no tenia ningun título á los honores académicos; jamás ha publicado más que un libro: *La Moral de Plutarco* que nadie ha querido leer. Representa pura y simplemente la Reforma universitaria actual, es decir, la Escuela sin Dios, el Catecismo desterrado, el Crucifijo arrojado á la espuerta de la basura.

Buisson, que anduvo de cerca metido en estas obras nefastas, no dejó de felicitar por ello al autor de *Rapports sur l'Enseignement primaire á Paris*, al autor de las *Memoires au Prefet de la Seine* y de las *Notes au Conseil municipal*, y precisó muy claramente el carácter de tal eleccion (1):

La entrada de M. Gréard en la Academia contribuirá á revelar la sana, prudente y viril educacion de la cual ha hablado

(1) *Revista pedagógica*, 15 diciembre 1886.

mejor que nadie y de la que, más que nadie, tenía derecho de hablar. Su elección al primer turno y á pesar de una oposicion que en nada se dirigia á su persona, no es solamente un éxito más para él, lo es tambien para la causa cuyo más ilustre campeón es él. Abriendo la academia sus puertas á la enseñanza laica y universitaria en lo que tiene de más puro, y elevado por todos conceptos, es tambien una señal de los tiempos; esto da asimismo la medida del camino que hemos andado. Y es todavia más clara la significacion, si añadimos que el sillón del autor de la ley del 15 de marzo de 1850, es el que ocupará M. Greard al día siguiente de votada la ley del 31 de octubre de 1886: parece que la Academia haya querido asociarse al movimiento que empuja á la Francia en los caminos del progreso.

Desde el momento que la Academia aprobaba la Enseñanza sin Dios, hubiera yo preferido que hubiese elegido á Buisson, quien tiene á lo menos el valor de su opinion y opina sin duda, como lo escribia tiempo há: «Que la librea del sacerdote es tan deshonrosa como la del soldado.»

A lo menos hubiera parecido natural que los que piensan en la Academia que una nacion que profesa declaradamente el ateísmo está de antemano condenada á perecer, se abstuvieran de figurar en la recepcion de Greard, le hicieran comprender por la negativa en estrecharle la mano, volviéndole las espaldas con el desden de la mirada, cuanto despreciaban esta ley del 31 de octubre de 1886, que es la obra propia de M. Greard. No hubo nada de esto: los Católicos estuvieron amables para con M. Greard, y el duque de Broglie hizo de él elogios pomposos.

Los imbéciles son los que se han roto la crisma combatiendo esta ley masónica que ha hecho descender la Francia á un nivel inferior al de las hordas bárbaras que tienen á lo menos la nocion de un Sér supremo. Jamás conseguirán nada. En vano amontonarán volúmenes á centenares superiores á la *Moral de Plutarco*, porque nunca serán de la

Academia; no han comprendido que todo era comedia, retahila convenida, actitud escénica y que solo se necesitaba simular al efecto.

Esta es la vida del teatro. Apoyados en los codos hablan juntos los primeros papeles.

—¿Vienes á cenar?

—Esta noche, nó.

—Te lo suplico.

—¡Vaya, en escena! les dice el director, equivocaráis vuestra entrada.

De repente ois venir del salon el ruido de aplausos que produce un efecto particular cuando no se ve á los que aplauden, el estrépito de aquellos bravos que llega nutrido como una salva de artillería.

El galan aterra á la mujer con su desprecio: «¡De rodillas, miserable criatura, voy á matarte!»

Cae el talon y la pareja se va dándose el brazo.....

Esto mismo pasa en el teatro político y en el teatro académico.

—Malditos seais los que todo nos lo quitasteis, que nos habeis quitado hasta el alma de nuestros hijos.....

Este es el final. El orador va á refrescar y su adversario le felicita mientras el se refocila.

—En verdad estuvisteis feliz.....

—Os lo parece..... No obstante, os aseguro que no estaba dispuesto.

—No se hubiera creido así escuchándoos.

—Sois muy complaciente.

Greard será enterrado más pomposamente todavia que el Loisillon del *Inmortal*, quien, á lo menos, nunca hizo mal á nadie; en vida, habrá ido bordado, aplanado, vestido de verde, con corbata encarnada; en muerte, tendrá como Francmason la diputacion masónica y al mismo tiempo las pompas de la Iglesia.

Cierto que hay un *más allá* y mal momento ha de ser aquel en que el hombre traqueado por los sepultureros de sombrero encerado se encuentra solo en el ataúd lleno del polvo blanco llamado el *conservador*, y se ve frente á frente con esta idea: «He consagrado toda mi inteligencia para preparar una ley que priva á los niños de todo ideal divino y que está destinada, en un breve plazo, á hacer de Francia un pueblo de desesperados, de rufianes y reincidentes.»

Es evidente, en el punto de vista humano, que todos los que han tomado parte en la guerra hecha á las creencias de la mayoría de los franceses no han experimentado jamás por ello el más leve perjuicio en cuanto atañía á sus comodidades terrestres. Han sacado de su servilismo para con la Masonería triunfante innumerables ventajas materiales y sus perseguidos no se han atrevido ni una sola vez á darles una mala mirada; han destruido la antigua Francia y los que la representaban no han tenido jamás si no sonrisas para los destructores.

Nótese que aquí no hay la manifestación de una indiferencia intelectual absoluta que tendría carácter bastante interesante, por ejemplo, la proclamación del retorno puro y simple de las costumbres paganas, el culto tributado únicamente á todo lo que es bello plásticamente, la adoración del Placer bajo todas sus formas, la glorificación declarada sin rodeos de la Carne y de la Materia.

Todos los académicos aparentan tener principios y se dicen: *Sursum corda*. Después de haber dado el abrazo fraternal á uno de los padres de la *Bella Elena* y del general Boum, uno de los millonarios enriquecidos fabricando coplas por pilladas, por obscenidades, por astucias bribonas y ultrajes á todo cuanto es puro y generoso, se preguntan entre sí: «Eran dos ¿no es así? para realizar esta empresa de gran moralidad social es preciso ir á buscar el otro.»

El mismo Julio Simon, el autor del *Deber*, va á recibir á Enrique Meilhac cantando las coplas de la guantera:

Hier à midi la gantière
Voit arriver un Brésilien.

Et voilà comment la gantière
Sauva les jours du Brésilien.

Conocida es la guantera, está en un pequeño almacén; se entra, se saca un duro. Os preguntan: «¿La vuelta?» Si se contesta que no, se pasa á la trastienda.....

Si se dijera á Julio Simon: «Por cierto, vengo de casa de una guantera de satisfacer allí mis instintos,» se emborzaría en su dignidad de viejo filósofo y tomaría su ademán de moralista murmurando: «Pasad por alto los pormenores.» Sin embargo elogiará al que cantó la guantera entregada á la prostitución clandestina, y toda la prensa le elogiará y un jefe hará presentar las armas á sus soldados, cuando el recipiendario pase escoltado por los hombres más solemnes y graves de Francia.

Los académicos siempre dignos y majestuosos acabarán por respirar el mal olor de las ventosidades de Zola; de pronto, aparentarán alguna resistencia, luego se acentuará la ya comenzada campaña de la prensa, y un Cherbulier cualquiera, ó algún profesor del Colegio de Francia, excesivamente poco fuerte en la vida ordinaria, vendrá, con citas latinas, á desarrollar sus ideas estéticas acerca de lo mostrado por la *Mouquette*.

Daudet sobresale en descubrir la mentira y la majestad vana de todo esto. La luz arrojada repentinamente sobre seres que no viven sino en el artificial convenido, explica el agudo dolor, la exacerbación que en muchos excitan libros como el *Inmortal*. En el primer momento no se siente

nada, pero, después se retuercen algunos como bajo la acción de un brevaie de efecto remoto: aquella gota de verdad les remueve más que una copa de hiel. La frase de Laniboire, el académico, echada repentinamente en una discusión: «Todos los cuerpos constituidos son cobardes,» parece á los llamados Leon Say y Greard una frase dicha la vispera y se preguntan sino fueron ellos quienes la pronunciaron para sí mismos.

Esto es lo que constituye la fuerza del terrible y dulce irónico: tiene por lo Verdadero humano una especie de pasión *intrépida*, para emplear la espresion muy exacta de Pontmartin. Cuando el ojo del observador, el ojo de tan rara agudeza y asimismo de tan aguda tristeza, ha visto, cuando ha comprendido lo *insincero* de una cosa, la impostura de un ser, no puede la pluma dejar de escribir.

Fuera de una fraternal amistad personal, el amor de la verdad es lo que nos ha aproximado intelectualmente, á pesar de tantos motivos de desacuerdo; solo hemos tenido diferente punto de partida.

Nació Daudet con el irrespeto en el cuerpo, la necesidad de abrir las cajitas para ver lo que hay dentro; yo, he permanecido mucho tiempo asombrosamente cándido, bobalicon y poco curioso, prefiriendo la contemplacion mucho más que la investigacion.

Siempre he admirado lo dicho por Santo Tomás de Aquino. Estaba trabajando y un jóven fraile le dijo: «Mira, Tomás, un buey vuela en el aire.» Asómase el santo á la ventana, y el otro suelta una carcajada, diciendo: «¿Cómo te lo pudiste creer?» — Parecíame mucho más natural admitir que un buey volara en el aire que suponer que un religioso pudiera mentir.

Esto es muy parisien. Por esencia es crédulo el parisien,

se entrega á todo, lo cree todo, pero sabe corregirse. Cuando toma la cosa por su cuenta y comprende que se le ha burlado, no tarda en mofarse de los que le engañaron. «Estos son unos farsantes, piensa, es preciso decirselo.»

No es el buen *Sursum corda* el de las Academias y de los discursos de corporacion, el *Sursum corda*, en que bufones como Halevy alternan con fariseos como Grevy; el verdadero *Sursum corda* es todavia el de la Iglesia; es el mismo en la catedral y en la capilla de la aldea, debajo de las bóvedas de San Pedro de Roma y en la choza cubierta con paja de maíz, donde pequeños annamitas, como me lo contaba un soldado, sirven la misa á algun misionero barbudo, á dos pasos del sitio donde los cristianos fieles á Francia fueron degollados con la aprobacion de Pablo Bert.

En la edad media, toda la multitud reunida en la iglesia respondía la misa y el Santo Sacrificio conmoviera más profundamente á las almas. Por lo demás es muy bello este *Sursum corda*.

— *Sursum corda*, dice el sacerdote para recomendar el recogimiento absoluto, y el pueblo responde: «*Habemus ad Dominum*» nuestros corazones están vueltos hácia Dios y nuestras disposiciones son puras y santas.

Gratias agamus Domino Deo nostro, añade el sacerdote.

Y el pueblo de los fieles interviene verdaderamente en el acto que va á realizar el sacerdote; se le asocia y le da la adhesion de su inteligencia y de su corazon, y dice: «Os aprobamos, os ratificamos lo que haceis; esto es digno de hombres como vosotros y yo; esto es digno y justo, *dignum et justum est...*»